

los murmullos demostraban lo atentamente que se seguían las palabras del gran tribuno». (Pág. 312).

El 5 de Abril se reúne el tribunal a las ocho y media de la mañana. El jurado delibera y decide, por unanimidad, declarar culpable a Danton y los suyos. Sólo uno no se atreve a dar tal veredicto, pero otro se acerca y le explica: «Esto no es un proceso; es un sacrificio. Danton y Robespierre no pueden existir juntos ¿cuál de los dos creéis que es más necesario para la República? «Desde luego Robespierre es necesario, pero...» «Basta, con eso que habéis dicho ya habéis dado vuestro fallo».

Entre las cuatro y cinco de la tarde de aquel mismo día, dos carreteras trasladan a los acusados desde la Conserjería, al través de las calles de París, hasta la plaza de la Revolución. Es una hermosa tarde de Primavera. Ya el sol envía sus últimos rayos sobre aquella ciudad llena de tragedias, cuando por fin Danton sube al cadalso; sereno y firme, igual que en sus mejores días; como el aristócrata Héraul de Séchelles, contempla a la muchedumbre con olímpico desprecio. Sus últimas palabras van dirigidas al verdugo: «Enseña mi cabeza al pueblo, merece la pena».

Tal fué la existencia de este hombre, uno de los más grandes de Francia y junto con Mirabeau, el personaje más importante de la Revolución francesa. En él, se puede decir que está contenido todo lo que ese movimiento ha dejado como herencia al mundo moderno. Su historia ha sido repetida miles de ve-

ces, pero conviene recordarla de vez en cuando, tal es el objeto de estas líneas.

Al través de la obra de Hilaire Belloc se nota que este simpatiza casi incondicionalmente con Danton. Se vé que le profesa una admiración sincera, quizás un tanto vehemente, y desde luego el propio Belloc nos advierte en la Introducción que esta biografía fué escrita en sus años de juventud. Ello no obsta, sin embargo, para que sea un libro muy bien documentado, aunque su material, en la mayoría de los casos, no es de primera mano. Nada nos dice que no se haya sabido antes sobre la vida de Danton, pero se hecha de ver que conoce la materia muy a fondo y que su obra es el producto de largos y fatigosos estudios. Corrige varios errores y uno de ellos nada menos que a Michelet, quien hace aparecer a Danton como pidiendo clemencia para el rey cuando en realidad votó por su muerte. En suma podemos decir que es un libro que debió publicarse —*René Ballivian Calderón.*

CUENTOS

LOS CUENTOS, por *Luis Durán*, 1921
1932.

A fines de 1929, año pobre en nuestra Literatura, que mostró el franco retroceso de algunos escritores, soit disant, consagrados, apareció *Tierra de Pellines* para contrapesar el solitario y merecido éxito de Mariano Latorre.

En su última dedicatoria Durán me llama optimista, y tiene razón. Un optimismo consciente me hizo suspender el juicio sobre sus cuentos hasta el encuentro con su próximo libro *Campesinos*.

Dadas las promesas que brotaban en sus primeras páginas, consideré necesario aguardar una madurez que, sensiblemente, es menos valdera que el propio retoño. El grano no muere en los predios de Durán. Porque *Tierra de Pellines*, con su olor a yerba fresca y ese gusto a máquina maravillosa para hacendados buenos que no pueden con los caracoleos psicológicos, entra mejor en la posición, un poco exterior y llena de malicia de trago de dieciocho de Septiembre, con que Durán se pone a hablar de los paisajes, de los hombres y de lo que es entretenimiento que endulza la sobremesa campechana y forma y conforma la urgencia de interesar el trato humano entre los campesinos, de alzarlo con alas de leyenda más arriba del terrón.

Maupassant, el mago de los cuentos, escribió a los 30 años. Durán, compañero de tardanza, no lo imita, pero, en cambio, nos hace vaciar en el recuerdo de la grata sensación del corte del maestro francés esa impresión tan chilena de sus historias.

Tierra de Pellines es un libro sin incidencias, suave, mínimo, deliciosamente pueril en ocasiones. Cierta medida y discreción latinas, un tanto anémicas, refrenan la picardía, la enjundia brava y esa vibración nacional que no sabe jamás a

patetismo en sus cuentos, como en la verdad.

Si el contenerse frente al tintero cercena la evanescencia y la deliquesencia de todo autor, el esquivar el ojo de la crítica honrada sobre nuestros balbuceos hace mal. Por eso Durán es intermitente.

La buena cosecha de sus exploraciones regionales alimenta, repleta el habla gruesa de sus personajes.

El Reni y *La Chascuda*, cuentos para infundir miedo a los boyeros más valientes, huelen a campo nocturno, después de mirar en los labios remojados de mate de las comadres viejas una historia de duendes. El Maigo de *La Picada* ayuda a olvidar las depresiones y encrespaduras de su prosa fácil, pero novicia. *Doña María de los Perros*, me envolvió en esa simpatía emocionada que inspiran las *mamás* regodeonas y las manos que amasan el milagro dominical de las empanadas.

Y no se extrañe el lector si oye hablar en tumulto de los cuentos de Durán, pues entre *Tierra de Pellines* y *Campesinos* no existe sino un delgado intersticio que separa una base sabrosa y saludable, de una armazón que contiene los mismos ingredientes, pero, eso sí, más livianos y mejor combinados. La palabra donosura se creó para explicar el arte de uno de los cuentistas más amenos de Chile.

En *Campesinos*, *Vino Tinto* y *El Pato* me vuelven más cordial la amistad con los relatos insospechados de Luis Durán.—*Carlos Vattier B.*